

Varios

Carta de la princesa Nāzilī al Sultán ‘Abd al-Ḥamid II*

Maribel LÁZARO DURÁN

BIBLID [0544-408X]. (2004) 53; 321-323

1. NOTAS BIOGRÁFICAS

Nāzilī bint Muṣṭafā Fāḍil (m. 1914), más conocida por ‘princesa Nāzilī’ (o Nazlī), es una aristócrata egipcia que luchó a lo largo de su vida por las libertades, en general, y por la libertad de la mujer, en particular. Las escasas notas biográficas que nos llegan, vienen salpicadas de brevísimos comentarios, referidos a sus actividades sociales, políticas y culturales a través de su conocido *Salón*, inaugurado en los años ochenta y considerado como verdadero catalizador del movimiento intelectual de carácter político al cual acudían de forma habitual al-Afgānī, ‘Abduh, Sa’d Zaglūl, Ibrāhīm al-Laqqānī y Buṭrus Gālī, entre otros. En esas notas biográficas, hay que resaltar su carácter de verdadero artífice¹ de la obra *Tahrīr al-mar’a* (*La liberación de la mujer*), publicada en 1899, y cuyo autor, Qāsim Amīn, se incorporaría más tarde a las tertulias habidas en el *Salón* de la Princesa.

El especial talento de esta aristócrata egipcia, acompañado de su enorme bagaje cultural, en el que se incluye su conocimiento de varias lenguas extranjeras, la hace brillar por sí misma en el contexto de su tiempo². No hay duda de que su ascendencia familiar hizo aquello posible: Nāzilī es nieta del Jédive egipcio Ismā‘īl (1863-1880), hija de Muṣṭafā Fāḍil, conocido por su liberalismo constitucional, así como por su biblioteca privada, verdadero “núcleo de la actual *Biblioteca Nacional* de El Cairo”³. Nāzilī es también esposa de un ministro del Gobierno otomano, además de embajador en numerosas capitales de Europa. Todo ello, le haría conocer a los grandes políticos que destacaron en la última parte del siglo XIX.

*. *Apud* Mayy Ziyāda. ‘Ā’iṣa Taymūr. Beirut: Mu’assasa Nawfal, 1983, pp. 86-88.

1. *Cf.* Muḥammad ‘Imāra. Qāsim Amīn. *Al-a’māl al-kāmila*. El Cairo: Dār al-Šurūq, 1989, pp. 160 y ss.

2. *Cf.* ‘Umar Riḍā Kaḥḥāla. *A’lām al-nisā’ fī ‘ālam l-‘arab wa-l-Islām*. Beirut: Mu’assasat al-Risāla, 1977³, vol. V, pp. 158-159.

3. *Cf.* Charis Waddy. *Women in Muslim History*. Londres/Nueva York: Longman, 1980, p. 143.

Hasta 1898, el modelo político de la princesa Nāzilī Fāḍil estuvo en las filas de los liberales otomanos, al servicio de los principios constitucionales de acuerdo con la línea de su padre. En este sentido, tuvo actitudes famosas y loables en París y Egipto que la llevaron a ser condecorada por el Sultán ‘Abd al-Ḥamid II⁴. Pero, el fin del periodo constitucional trajo el terrible endurecimiento de la política absolutista y panislamista otomana del Sultán. Entre los muchísimos brotes de autonomía e independencia que empiezan a surgir a partir de aquí, cabe destacar la sublevación cretense y la inmediata guerra con Grecia, en 1896. Igualmente, la sublevación de los armenios, que desde 1894, venían mostrando su demanda de autonomía. La persecución de estos, y sus periódicas matanzas, parecen ser el desencadenante de la carta que la princesa Nāzilī se atrevió a enviar al temible Sultán ‘Abd al-Ḥamid II, y cuya traducción se ofrece aquí.

El Cairo, 22 de Octubre de 1896

Majestad:

Leí con profundo pesar en los periódicos de Europa de esta semana, que su Magnífica Excelencia está muy enfadado conmigo. He sabido que el motivo de su enfado es mi asistencia al Congreso de la *Joven Turquía* (*Turkiyāt al-Fatāt*), celebrado en París. De modo que ruego se me permita exponer lo que pienso al respecto:

Ser objeto del enfado regio no es algo nuevo, ya que viene ocurriendo desde hace cuatro años. Si tuviera que catalogar el grado de dicho enfado entre quienes han sido objeto del mismo, sería fácil situarme en el grupo convenido. Pero, mi asistencia a las deliberaciones de ese Congreso no fue buscando fama y, por tanto, está libre de cualquier propósito personal.

Su Magnífica Excelencia recordará que cierto día dijo al difunto Jalīl Pachá Šarīf: “Me gusta decir la verdad”. El difunto me hizo llegar el mensaje real y, desde entonces, ambos prometimos a Dios no desviarnos de la *verdad*.

Hace mucho tiempo leí lo que este Congreso publicó, y me informé de los escritos que elevaba a Su Alteza imperial. Y, dado que estos documentos describían la destrucción en la que se encontraban los reinos imperiales conforme a la *verdad*, me pareció oportuno asistir a sus *Jornadas* a mi llegada a París.

Allí observé en todos el máximo cariño y lealtad hacia la posición Real, la patria (*waṭan*) y la nación (*umma*). Vi a todos lamentarse por la situación de la patria, al borde de la extinción. Aquello me enfureció, y me hizo recordar que a su Excelencia le gustaba decir la *verdad*. Pensé que, tal vez y para nuestra desgracia, su Excelencia

4. Cf. ‘Umar Riḍā Kaḥḥāla. *A’lām al-nisā’* ..., p. 159.

había olvidado aquel gusto a decir la *verdad*. Fue entonces cuando la promesa que yo hice a Dios sacudió mis entrañas, y llegué a la conclusión de que si el amor a la verdad desaparece, el compromiso no. Este permanece.

Cuando visité Estambul hace cuatro años, personas cercanas me aconsejaron elevar a su Excelencia una instancia en la que disculpar mis errores, pero, al no tener yo conciencia de haber incurrido en error alguno, no procedí a la sugerencia. La política de su Excelencia con los ingleses ha cambiado. Así, ha desaparecido totalmente la satisfacción que había logrado procurarme el difunto Sir Henry. Yo recibo de buen grado la mediación de los ingleses en lograr la satisfacción de su Excelencia, e incluso agradezco haber sido víctima hoy del enfado Real. Me consuela estar lejos del escenario del terremoto que está aconteciendo en Estambul, de la pobreza que les ha sobrevenido a los súbditos, y lejos del derramamiento de sangre de los agraviados que fueron sacrificados como si de una inmolación se tratara; lejos de las llamadas de socorro y lamentos de los lastimados. Estar lejos me consuela, y doy gracias a Dios por ello. Y mientras tenga vida, seguiré trabajando en el Real decreto que el gobierno egipcio me ha hecho llegar extraoficialmente.

Sin embargo, no dejaré de invocar larga vida a su Excelencia y a su Estado, ni dejaré de pedir que recuperéis vuestro antiguo gusto a decir la *verdad*. Y ¡quiera Dios que la miseria que hoy tenemos desaparezca como si de una terrible pesadilla se tratara y se torne en felicidad y placidez, concediendo a los súbditos el bienestar en la unión y la libertad! Pues, ciertamente, los súbditos no quieren más de su Excelencia que sea un padre compasivo.

Tal vez me haya sobrepasado y ofendido con mi discurso. Desconozco el alcance que tendrá lo que me siento honrada de exponer. Confíe su Excelencia en que las palabras del más leal de sus siervos en este tiempo nuestro no son diferentes a las que han salido de mi pluma, y tenga su Excelencia la certeza de que mi carta fue redactada con una fiel intención y sincera lealtad.

Su sierva, Nāzilī,
hija del difunto Muṣṭafā Fāḍil Pachá al-Miṣrī